IX Jornadas de Jóvenes Investigadores

Instituto de Investigaciones Gino Germani

1, 2 y 3 de Noviembre de 2017

Javier Nuñez

UBA

Licenciado en Ciencia Política/ Licenciado en Sociología

Eje 6. Espacio social, tiempo y territorio

**Título**: Entre el trabajo y el espacio. Representaciones sociales de los saqueos del 2001 en dos barrios del Gran Buenos Aires

**Palabras clave**: Saqueos – representaciones sociales- trabajo- espacio.

*Introducción*

Bajo la denominación “crisis del 2001” suelen reunirse una serie de procesos complejos, contradictorios (el declive económico, el fin de la convertibilidad, la renuncia de varios presidentes, acciones colectivas de diverso formato), así como acontecimientos cuyo sentido fue construido desde diversas posiciones. Para los sectores populares del Gran Buenos Aires, el 2001 se encuentra ligado, antes que nada, a los saqueos del mes de diciembre.

La memoria de los saqueos del 2001 constituye el recuerdo de un hecho disruptivo, que interrumpe fuertemente la vida cotidiana. Sin embargo, lo que articula su construcción de sentido no es tanto el suceso del saqueo sino la figura del saqueador. Como se desarrollará, la memoria de los saqueos del 2001 en sectores populares puede ser estudiada a partir de una serie de desplazamientos en términos de proximidades y distancias que el sujeto configura respecto al saqueador, presentándose dichos desplazamientos bajo el predominio de la distancia.

Estos posicionamientos involucran, a su vez, construcciones de sentido en torno a dos dimensiones. Por un lado, el impacto socio-económico de la crisis del 2001. Por el otro, el anclaje territorial del saqueo en el espacio del barrio en que habita el sujeto.

Si bien la relación de la figura del saqueador con esas dos dimensiones da el marco general para pensar la memoria de los saqueos, dicho marco debe ser abordado desde la heterogeneidad de situaciones que se presentan entre barrios y al interior de los sectores populares. En esta ponencia, se describen el recuerdo de los saqueos que poseen los habitantes de dos territorios: el barrio *Las Colinas*, del Municipio de Esteban Echeverría, y los barrios *El Tala* y *Alicia Esther*, del Municipio de Quilmes. Como se desarrollará más adelante, si bien ambas zonas están integradas principalmente por sectores populares, existen ciertas diferencias entre ellas que pueden ser reconocidas al momento de describir las memorias de los saqueos del 2001.

Los vecinos de ambos territorios elaboran representaciones sociales similares de la figura del saqueador a partir de la dimensión socio-económica de la crisis. En este plano analítico, diferentes representaciones de los demás afectados pueden ser entendidas a partir del impacto del 2001 en la trayectoria laboral. En cambio, en lo que refiere al anclaje del saqueo en el barrio, pueden reconocerse importantes variaciones. Mientras que entre los habitantes del barrio *Las Colinas* predomina fuertemente la distancia respecto a la figura del saqueador, entre quienes viven en los barrios *El Tala* y *Alicia Esther*, ese predominio de la distancia se encuentra matizado. En los contrastes entre territorios, pueden reconocerse diferentes usos del espacio, eminentemente individuales –privados- en una zona, y colectivos en algunos casos de la otra.

Solo si se combina esa experiencia del testigo del saqueo, con una trayectoria laboral afectada por la crisis y usos colectivos del espacio, el predominio de la distancia respecto al saqueador resulta matizado.

El trabajo de campo que sustenta este trabaja se encuentra compuesto por una serie de entrevistas semiestructuradas realizadas en el año 2014 en el barrio Las Colinas y en el 2015 en los barrios El Tala y Alicia Esther.

*Marco histórico*

La crisis del 2001 constituye una clausura explosiva de un cuarto de siglo caracterizado por la aplicación casi ininterrumpida de políticas económicas de corte neoliberal. El 2001 guarda ciertos paralelismos con la crisis de 1989: en ambos momentos se presentó una fuerte crisis económica, un cambio forzado de gobierno y una puja entre facciones de sectores dominantes (Basualdo, 2011).

En términos de acción colectiva, durante la crisis se dieron tres tipos de manifestaciones: piquetes y manifestaciones de trabajadores desocupados; saqueos y, finalmente, un conjunto formado por cacerolazos, asambleas, manifestaciones de ahorristas, etc. (Pereyra, 2008). Se agregan –en el caso de los saqueos- toda una serie de dinámicas y de “relaciones clandestinas” (entre parte de los saqueadores, la policía e hipermercados)” (Auyero, 2007). Los saqueos del 2001 se interrelacionaron con otras manifestaciones y tuvieron un impacto político mayor que los del 89’.

Más allá de la complejidad de esa coyuntura, las representaciones sociales que se analizan en este trabajo se concentran principalmente en la debacle económico-social y en los saqueos, relegando a un segundo plano otras dimensiones –como la político-institucional- de la crisis, y, en menor medida, las demás formas de manifestación (piquetes, asambleas, etc.). Para quienes fueron *testigos*, el saqueo supone una experiencia de intensa ruptura de la vida cotidiana. El carácter generalizado –aunque sea a través de rumores- como repentino de los saqueos fortalece esta impresión rupturista respecto a la historia anterior y posterior.

En este trabajo se busca comparar las memorias de esos saqueos de los habitantes de dos territorios. Si bien todos los entrevistados pertenecen a sectores populares, cabe destacar algunas diferencias entre ambas zonas.

*Las Colinas* se encuentra ubicado en la periferia del Partido de Esteban Echeverría. Se trata de un barrio producto de una extensión relativamente reciente del trazado urbano. Tiene una escuela primaria y secundaria, aunque los servicios de provisión de la red eléctrica y de cloacas son deficientes. La zona donde viven la mayoría de los entrevistados no cuenta con grandes hipermercados aunque si con comercios de cierto tamaño para no pertenecer a grandes cadenas. Los entrevistados de este barrio expusieron una trayectoria laboral más estable que la de quienes viven en los otros dos.

El otro territorio está compuesto por los barrios *El Tala* y *Alicia Esther* del Municipio de Quilmes. Si bien en la observación directa no pueden notarse grandes contrastes entre esos dos barrios, sí son producto de dos historias bien distintas. *El Tala* fue fundando en el marco de una toma de tierras “clásica”, iniciada en el año 1981 (Izaguirre y Aristizabal, 1988). Otros barrios cercanos también fueron producto de ocupaciones de tierra, tanto en los 80’ como en décadas posteriores. *Alicia Esther*, en cambio, data de un loteo de los años 60’, no exento de ciertas irregularidades. Si bien la muestra de este territorio es heterogénea a su interior en lo que refiere a la trayectoria laboral de quienes la componen, en conjunto es más inestable que la de los vecinos del barrio *Las Colinas*.

Las proximidades de la zona cuentan con un mayor número de comercios, así como servicios de transporte público, que el barrio de Esteban Echeverría. Varios comercios de mediano y gran tamaño del lugar fueron afectados por los saqueos.

*La construcción del sentido de los saqueos: algunas precisiones teóricas y metodológicas*

Antes de pasar a la descripción de las memorias de los saqueos del 2001, resulta conveniente dar una serie de especificaciones conceptuales y del trabajo de campo que sostiene esta ponencia.

En tanto interrumpe fugaz y violentamente la vida cotidiana, los saqueos imponen al sujeto el esfuerzo de encontrarle un sentido. Como indica Jelin: “las rupturas en esas rutinas esperadas involucran al sujeto de manera diferente. Allí se juegan los afectos y sentimientos que pueden empujar a la reflexión y a la búsqueda de sentido” (Jelin, 2002: 27). La figura del saqueador –y la distancia respecto al sujeto- ocupa un rol central en la elaboración del recuerdo de estos saqueos. Esta representación se apoya en una experiencia particular. Los entrevistados se refieren a sí mismo como testigos de los saqueos, es decir, participantes del acontecimiento pero desde el lugar secundario del observador.

Ahora bien, la memoria de los saqueos no puede encontrarse al margen de otras representaciones sociales. Siguiendo a Jodelet, la construcción de una representación involucra dos grandes facetas: la objetivación -en la que se elabora un núcleo figurativo que da significado a la realidad social- y el anclaje, que inserta a ese núcleo en el entramado de representaciones sociales preexistentes (Jodelet, 1975). Ciertamente, el recuerdo de los saqueos se encuentra anclado en algunas representaciones sociales que exceden el contenido de esta ponencia: legitimidades referidas a acciones colectivas, figuras que remiten a diferentes formas de la inseguridad, a la policía o los comerciantes de distinto peso, además de otras memorias sobre la Argentina reciente. Aquí, se ha optado por desarrollar el papel que cumple la figura del saqueador en el recuerdo de los saqueos del 2001 a partir de dos grandes dimensiones: el impacto socio-económico de la crisis y la inserción espacial del saqueo en el barrio.

La primera dimensión involucra el recuerdo de la crisis en la trayectoria laboral de cada sujeto, así como en la de los demás. Como toda memoria se da desde un presente, esta dimensión incluye la creación de distancias y proximidades respecto a los demás vecinos en el 2001 y en la actualidad.

La dimensión espacial del saqueo no define solo un escenario del recuerdo. Cumple un rol en la memoria de los saqueos a través del vínculo que cada sujeto tiene con el territorio en que desarrolla su vida cotidiana. Resaltando la importancia de la localización de la memoria, Halbwachs decía que el espacio auxiliaba a la reconstrucción en tanto era una “realidad que dura” (Halbwachs, 2004). Pero, si es así, no puede ser un continuo cartesiano, extendido linealmente desde cada conciencia, sino un sitio apropiado, modelado según la acción, los usos, jerarquías y las representaciones que de él se construyan (Lefebvre, 1978). Ni el tiempo ni el espacio son plenos en sí mismos: tienen olvidos y fragmentaciones que acompañan a la construcción del recuerdo. Si bien la conformación del barrio como espacio apropiado juega un papel fundamental en la elaboración de la memoria del 2001, está apropiación se da de modos diferentes en cada territorio y al interior de ellos. Mientras que en el caso de *Las Colinas*, el uso del espacio remite esencialmente a la continuidad cotidiana de cada sujeto –y se configura, entonces, en términos más individuales (o con familiares y conocidos) que colectivos- entre algunos entrevistados del municipio de Quilmes, cobra importancia la participación en algunas instituciones locales.

Para la realización del trabajo de campo se realizaron entrevistas semi-estructuradas de forma colectiva, en el marco del seminario de la Carrera de Sociología (UBA) “Movimientos sociales y procesos de (des)encaje: reconfiguraciones de las identidades colectivas”. Las entrevistas en el barrio *Las Colinas*, Esteban Echeverría, fueron realizadas a fines del 2014, siendo un total de 18. El trabajo de campo en los barrios *El Tala* y *Alicia Esther* fue llevado a cabo un año más tarde. Se trata de 13 entrevistas. En los dos casos, las muestras fueron segmentadas según criterios de edad y género.

Durante el análisis, se establecieron otras segmentaciones. Primero, se prestó atención a cómo la trayectoria laboral de los sujetos había sido afectada por la crisis del 2001. Se los dividió dependiendo de sí habían quedado desempleados, si habían recurrido a trabajos eventuales o sí solo habían visto reducido su poder adquisitivo o habían tenido dificultades para conseguir dinero en efectivo. Segundo, se tuvo en cuenta si los entrevistados participaban de organizaciones con sede en el barrio.

Para el análisis que se presenta a continuación se seleccionaron a cinco entrevistados –dos de Esteban Echeverría y tres de Quilmes- en pos de facilitar la contrastación entre las categorías de esos criterios y auxiliar a la exposición.

*La crisis como fenómeno económico: elaboración de proximidades y distancias respecto a los demás habitantes del barrio*

El saqueo constituye un episodio fuertemente disruptivo, extra-cotidiano. Ahora bien, se enmarca en una crisis económica que participa de la experiencia pasada de cada individuo a través de su trayectoria laboral. Si bien esta relación con la crisis a través del trabajo puede parecer un tanto evidente, cabe prestar atención a qué sentidos le son asignados y qué relación se configura respecto a los demás vecinos del barrio.

En relación a cómo se representa el impacto laboral de la crisis del 2001, las variaciones no se dan tanto entre habitantes de un territorio sino *entre el conjunto de los entrevistados*. A grandes rasgos, la crisis los segmenta en tres grandes grupos: aquellos que quedaron desempleados, quienes recurrieron a empleos eventuales (changas) y quienes sólo vieron disminuidos su poder adquisitivo, o padecieron la falta de circulante (el “corralito”).

Sin embargo, cuando se repasan las construcciones de sentido sobre la crisis, las principales diferencias se dan entre quienes quedaron desempleados o recurrieron a changas, por un lado, y quienes solo vieron disminuido su poder adquisitivo, por el otro. Mientras que entre los primeros la crisis aparece como un fenómeno generalizado, que los incluye a ellos tanto como a sus vecinos, entre los segundos se da una contraposición entre la experiencia propia y la de los demás.

A continuación, se repasaran algunos fragmentos de entrevistas de ambos territorios, en pos de resaltar las diferencias entre ellos en términos de las proximidades o distancias involucradas. Las dos citas siguientes pertenecen a vecinos del barrio *Las Colinas*:

“E: Y en ese momento que se produjo la crisis de 2001, ¿usted tuvo algún tipo de problema con su trabajo?

R: No, no.

E: ¿Y conoce a alguien que sí?

R: Si, conozco gente que tenía comercios que tuvo (…) no lo pudieron aguantar, digamos.

E: ¿Y sabe más o menos cuanto tiempo estuvieron así con ese problema?

R: Bueno, yo pienso que hay gente que…. Que hasta el momento no se recuperó” (Eduardo, comerciante, 44 años).

“R: Generalizado. Por eso, digo, vi gente que trabajaba cuando íbamos a trabajar y vi venir bien, digamos, bien vestidos, calzados, físicamente bien; después los vi juntando cartones acá en el barrio. Yo dije: “mirá a dónde llegamos, fulano que trabajaba bien, se quedó sin trabajo”. Al tiempo lo vi destruido, juntando cartones. Un día así viajando, porque yo soy de charlar mucho, me dijo: “no, si yo me quedé sin trabajo y un día dije, bueno, no s deshonesto, no tenía ya plata, no teníamos más nada y junté cartones, botellas y vendí –dice- junté en mi casa y los vendía”. Mucha gente acá la pasó mal, muy mal” (Rosa, empleada doméstica, 55 años)

El primer entrevistado es el dueño de un local de materiales de construcción. Trabajaba, en el 2001, en un negocio similar, propiedad de su padre: la crisis lo afectó vía los clientes. En cambio, la segunda entrevistada es una empleada doméstica. Hacia el 2001, su esposo se quedó sin trabajo, forzándola a trabajar más horas.

Existe un mínimo elemento común de proximidad en ambas narraciones: la crisis afecta personas conocidas, con las que se mantienen relaciones relativamente constantes. Por tanto, el sentido que se le da a la dimensión socio-económica del 2001 parte de un marco de proximidad. Dentro de él, las variaciones son considerables. El primer entrevistado deposita el impacto de la crisis en los demás; la segunda entrevistada, por el contrario, construye un fenómeno común, a través de la reconstrucción detallada de la descripción pronunciada por un conocido.

Esos desplazamientos en la proximidad del 2001 operan, además, mediante dos referencias temporales distintas. Los afectados del primer entrevistado existen en el presente; dar cuenta de cómo padecieron la crisis no deja de ser un modo de crear una distinción respecto a los vecinos. En cambio, en el segundo relato, las referencias temporales aparecen acotadas al 2001, como parte de una experiencia común.

Entre quienes viven en Quilmes, pueden reconocerse variaciones similares en las construcciones de sentido sobre la dimensión socio-económica de la crisis. Aquellos afectados en su trayectoria laboral –o la de sus familiares cercanos-, tienden a figurar a los demás desde una posición de proximidad. El siguiente fragmento resulta ilustrativo:

“La tuve que pelar sola. Mucha gente estaba muy mal. Mucha gente estaba muy mal (…) Mucha gente estaba pasando muchas necesidades y trataba de no demostrarlo puertas afuera. Y el que trataba de salir a pedir, lo hacía minuciosamente. A ocultas” (Beatriz, desocupada, 50 años).

En la trayectoria laboral de esta entrevistada, el 2001 constituye un punto extremo de vulnerabilidad en el marco de una afiliación laboral de por sí precaria. La crisis tiene un anclaje individual que se experimenta, además, en relativo aislamiento (lo que no implica, como se verá más adelante, acciones exclusivamente individuales). Sin embargo, el sentido que se construye a esa coyuntura no opera en una contraposición con la situación de los demás: establece, por el contrario, una suerte de soledad generalizada, que encuadra a la descripción en el predominio de la proximidad. Cabe destacar que esa descripción se ajusta poco a las estrategias adoptadas por la entrevistada frente a la crisis: acudió a comedores comunitarios, consiguió empleos eventuales de vecinos y organizó actividades (bingos) con familiares y conocidos.

Las diferencias son notables respecto a la descripción de la crisis hecha por la entrevistada siguiente:

“Justamente el otro día le estaba mostrando a mi hijo, que nos pusieron en el Facebook un video de lo que fue el 2001 y le decía –y me agarró una angustia- y me dice: “¿Por qué lloras?” ”Papito vos porque eras bebé, no lo viviste: ¿sabés qué feo es ver cómo la gente se… mataba? (…) No sé si era tanto por necesidad o porque ya la viveza de cada uno, ¿no? (…) Mi vieja trabajaba en capital y nosotros vivíamos acá, y mi mamá no pudo llegar porque habían cortado todo, no pasaba ningún colectiva para Provincia, y se tuvo que quedar ahí en Capital” (Agustina, ama de casa, 30 años)

La entrevistada padeció la crisis a través de la trayectoria laboral de sus padres. Si bien, como en el caso anterior, el fenómeno se caracteriza como generalizado, opera a partir de una contraposición fuerte con los demás. El 2001 lo viven todos, sólo que en partes enfrentadas. Nuevamente, el marco de proximidad de la dimensión socio-económica de la crisis no impide la elaboración de distinciones, vía las cuales ciertos comportamientos frente al 2001 son legítimos y otros no.

Finalmente, esta dimensión socio-económica puede ser representada de forma tal que los más afectados sean otros, en términos no muy distintos al primer entrevistado de *Las Colinas*:

“Ya te digo, por ejemplo, acá las crisis se las toma… Bah, nosotros lo hemos tomado gracias a dios, con calma, sin desesperación, sin nada. Con calma, vivíamos día a día, pero bien, ¿me entendés lo que te quiero decir? Nosotros no éramos una persona de decir: “Uy, mirá, se va a terminar el azúcar”. Y salir corriendo a comprar azúcar, comprar yerba. No, no, pará, calmate. Pará (…) Se vivía en la desesperación todo el mundo. La desesperación… Eso es lo que pasó; pero no, nosotros gracias a Dios, ya te digo (…) Si el mundo sería [fuera] tres como yo” (Juan Carlos, pensionado, 59 años)

Una vez más, no se presenta una antinomia entre la generalización de la crisis –si bien desde una descripción que por momentos asemeja más a un problema de suministro que laboral- y la inclusión de diferentes puntos de vista, con la crisis afectando más a otros que al propio sujeto. En este último caso, la menciones a los demás operan según la clasificación tranquilidad/desesperación, quedando el entrevistado en el polo de los tranquilos. Como con el primer entrevistado de *Las Colinas*, el hecho de que los demás hayan padecido la crisis en una magnitud mayor viene acompañado de la construcción de una distinción respecto a los vecinos.

En las secciones siguientes, se desarrollará como esta dimensión socio-económica del 2001 se articula con el anclaje espacial –que permitirá exponer diferencias entre los dos territorios- del saqueo en relación, siempre, a la figura del saqueador. Antes, resulta conveniente resaltar el vínculo ambiguo entre el sentido que se le da al impacto laboral de la crisis, por un lado, y la representación de cómo el 2001 afectó a los demás habitantes del barrio. Las construcciones de sentido sobre el trabajo establecen un espacio de proximidad, en el que la crisis afecta por principio a todos. Pero este marco no es incompatible, en ningún caso, con el establecimiento de distinciones respecto a cómo los demás respondieron a esa situación. Así, *en vistas a sí quién saquea es concebido desde la proximidad o desde la distancia, el hecho de haber sido afectado por la crisis puede ser articulado tanto con una posición cercana al enunciador como lejana*.

No haber sido afectado por la crisis permite al sujeto adjudicarse una legitimidad frente a quienes sí la padecieron. Como se desarrollará más adelante, sufrir la crisis también puede favorecer una distancia respecto a quienes en dificultades económicas, optaron por el saqueo.

*El espacio como la consecuencia de un repliegue*

En la sección anterior, se describió cómo la dimensión socio-económica del recuerdo del 2001 puede ubicar a los demás afectados por la crisis en una posición distante o cercana, si bien estos desplazamientos tienden a darse desde un marco general de proximidad. En esta parte se tratará el papel que cumple el anclaje territorial del saqueo al momento de representar la figura del saqueador entre los habitantes del barrio *Las Colinas*. Se desarrollarán tres cuestiones. Primero, cómo el saqueo ocurre en un espacio concebido como próximo. Segundo, cómo todos los saqueadores son representados desde un fuerte predominio de la distancia. Tercero, cómo el hecho de que el saqueo suceda en un sitio próximo auxilia –y no se opone- al distanciamiento respecto al saqueador.

Para los habitantes de *Las Colinas*, el saqueo supone una alteración radical de la vida cotidiana, que sucede en un espacio representado como próximo y que involucra, desde la posición de un testigo, a la experiencia del entrevistado.

Un modo de comprobarlo es contrastando las referencias respecto a la faceta político-institucional de la crisis del 2001 (la serie de renuncias presidenciales, los sucesos de Plaza de Mayo y el centro porteño, etc.). En efecto, mientras que muchos de los entrevistados dicen no recordar los episodios del 19 y 20 de diciembre en la Capital, todos desarrollan alguna referencia respecto a los saqueos. Es cierto que se retoman imágenes conocidas de la televisión, pero para incluirlas en lo que sucedió en el territorio. En este sentido, el recuerdo se inscribe en la experiencia vivida en su barrio: son los vecinos que permanecen en las esquinas, aunque nada suceda; es quedarse todo el día encerrado viendo qué pasa por la televisión. La fuerza del barrio como lugar apropiado puede reconocerse, entonces, en cómo la televisión no media entre los entrevistados y los sucesos, por caso, de Plaza de Mayo; sus imágenes, tomadas en otros espacios, regresan sobre el barrio como un lugar que es saqueado sin permitir la supervivencia de la dimensión más institucional de la crisis.

El saqueo ocurre en un espacio figurado como próximo. La dimensión socio-económico de la crisis involucra cercanías y distancias, aunque desde cierta generalidad común. Podría esbozarse, entonces, una relación lineal con la construcción de sentido respecto a la figura del saqueador: quienes padecieron fuertemente la crisis, no construirán una fuerte distancia respecto a quienes saquearon; incluso podrían entender en cierta medida el saqueo a partir de la necesidad del momento. Sin embargo, nada de eso ocurre. Entre los entrevistados de este barrio de Esteban Echeverría, la distancia respecto al saqueador predomina en todos los casos. En otras palabras, el saqueador es siempre lejano; jamás próximo.

A continuación, se describirán algunas variaciones dentro de este predominio de la distancia. Luego, se regresará sobre la influencia de la dimensión espacial.

El predomino de la distancia respecto al saqueador –presente en todos los entrevistados- no implica modos idénticos de significarla. En algunos casos, esa lejanía se encuentra matizada, o se mencionan terceros actores que complejizan la descripción. El fragmento siguiente expone una claro predominio de la distancia:

“Y acá en el barrio hubo, por ese momento… no hubo saqueos como hubo en otros barrios. Hubo un solo saqueo grande que fue a una persona de acá (…) que, creo que ese fue en venganza de los vecinos, yo qué sé. No fue tanto como fue en otros lados, por el aumento de los precios que los hacía ya muy, muy exagerados. Vendía productos alimenticios (…) Un almacén, tipo supermercado. Era cerca de acá (…) Estaba en casa con la familia (…) Me enteré al otro día. Aparte, es una cosa que uno no se puede meter. Es una cosa de otra persona que hay que cuidarla y respetarla, claro (…) La gente lo que hacía era saquear cosas… alimentos o electrodomésticos. Que eran cosas que, en ese momento, viste, que era lo que vendían y hacían una diferencia” (Eduardo, comerciante, 44 años).

Se trata del mismo entrevistado que, en el repaso de la dimensión socio-económica, establecía cierta distinción respecto a sus vecinos más afectados. Ahora, esas referencias trocan en una explicación del saqueo a partir de motivaciones individuales espurias de otros habitantes del barrio: desde cierta voluntad de venganza contra un comerciante hasta el robo de electrodomésticos para revenderlos.

Sin embargo, podría esperarse que entre quienes se vieron más afectados por la crisis, la construcción de sentido de los saqueadores fuera otra. El siguiente fragmento corresponde a la otra entrevistada de *Las Colinas* citada en la sección anterior:

“Si, acá, acá no pero unas ocho cuadras sobre Alem en el mercado de Martínez, sí, hubo dos saqueos. El primer saqueo si, digamos, le entraron así “de prepo” a desvalijar todo lo que podían. Y después le volvieron y él le dijo a la gente: “no, así no, yo les voy a dar mercadería”. Empezó a armarle bolsas: “Hagan fila, yo les voy a regalar mercadería, pero así “de prepo” que me entren y me rompan todo. Porque tampoco les sirve a ustedes, porque lo que hicieron fue romper”, les dijo. Porque lo que hacían es que uno le agarraba, el otro le tironeaba, le rompían y bueno llevaba el sano y así. Y bueno después terminaba que a cada uno les armó las bolsas y así” (Rosa, empleada doméstica, 55 años).

A diferencia del fragmento anterior, en este caso parecen haberse saqueado alimentos en vez de electrodomésticos: no están explícitas, por lo menos, referencias a razones consideradas por el otro entrevistado como totalmente injustificables. Sin embargo, el predominio de la distancia se reduce en una medida escasa: la voz que estructura a la narración es la del comerciante saqueado, no de los saqueadores. Incluso se construye una proximidad respecto a los saqueados, en clara contraposición con los saqueadores.

Estos dos entrevistados fueron seleccionados en vistas a pensar la relación entre las dos dimensiones que articulan este trabajo. Algunos tienen posiciones en las que el predominio de la distancia se reduce un tanto más; otros, por el contrario, manifiestan apreciaciones más duras respecto a los saqueadores. Todos, finalmente, comparten un posicionamiento distante respecto a ellos. No sólo nadie reconoció haber participado del saqueo; en ningún caso se consideró que, aunque sea por la situación de crisis, el saqueo pudiera considerarse justificado.

Desde ya, podrían incluirse en el análisis otras dimensiones para explicarlo. El saqueo es una acción ilegal, sujeta a las construcciones de sentido sobre aquellas conductas ilegítimas, moralmente reprochables. Pueden establecer vinculaciones –como ocurre en algunos entrevistados- con cuestiones relativas a la inseguridad. La presencia de otras representaciones sociales no impide, empero, pensar cómo las dos dimensiones elaboradas (la socio-económica y la espacial) se articulan para favorecer ese predominio de la distancia.

Entre el anclaje espacial del saqueo en un lugar concebido como próximo, por un lado, y la formulación del saqueador como un sujeto distante –cuya acción jamás puede ser compartida- por el otro, no existe contradicción: ambas dimensiones apoyan un mismo proceso. El problema, entonces, es pensar cuál es el sentido dado al espacio en la representación del saqueo.

Como se mencionó, el carácter apropiado del espacio local favorece que se recuerde a los saqueos y no a la faceta institucional de la crisis. Ahora bien, esta participación del entrevistado en lo que sucede en el barrio tiene, al momento del saqueo, un estatuto particular. El sujeto experimenta el saqueo, está inmerso en lo que ocurre, pero desde la posición de un observador ante un hecho realizado por una alteridad amenazante. En este sentido, el recuerdo de los saqueos del 2001 se encuentra tironeado por cierto carácter paradójico del lugar del entrevistado en el acontecimiento: se formó parte de él, pero desde un lugar necesariamente secundario. Desde esta posición se reconstruye lo sucedido. ¿Qué es el predominio de la distancia respecto al saqueador sino un correlato de ese punto de vista, de esa experiencia intensa, disruptiva al tiempo que secundaria en el contexto en que ocurrió?

Por tanto, el espacio da el marco de los saqueos tanto como el de un presente desde el que se los reconstruye. La relación que se mantiene con ese espacio es particular. La experiencia que se narra involucra un repliegue de barrio hacia lo individual/familiar, en la que se destaca el hecho de haber visto los saqueos tanto como haber permanecido en casa.

Así, el espacio brinda al entrevistado un escenario para la memoria –ya Halbwachs decía que el espacio, al durar demasiado, favorecía el recuerdo (Halbwachs, 2004). Y en la relación con ese espacio se encuentra una clave analítica para pensar porque la distancia predomina en todos los casos.

Ahora bien, la condición para semejante repliegue no es sólo la contraposición con el saqueador sino –como se notará en contraste con los habitantes de los barrios de Quilmes- el hecho de que la apropiación de ese espacio se dé a partir de acciones principalmente individuales –o a lo sumo con familiares, conocidos.

*Matizando la distancia respecto al saqueador: efectos de usos diferentes del espacio*

En la sección anterior, se desarrolló cómo los habitantes del barrio *Las Colinas* representan al saqueador desde una posición –más allá de las variaciones- de fuerte distancia. En esta sección se describirá cómo los vecinos de los barrios de *El Tala* y *Alicia Esther* le dan sentido a la alteridad del saqueador y cómo, a través de la dimensión espacial del recuerdo de los saqueos, pueden entenderse otras variaciones de esa lejanía.

En las representaciones descriptas en la sección anterior, los sujetos ubicaban el saqueo en un espacio próximo –el barrio en el que viven- y ninguno concibe como justificable la acción del saqueador. Entre los habitantes de los dos barrios de Quilmes se notan diferencias en esos dos puntos. Por un lado, no todos ubican al saqueo en su barrio. Mientras que algunos dicen que la zona estuvo entre las más afectadas por los saqueos, otros indican que no ocurrió ninguno. Por otro lado, el predominio del distanciamiento no es tan grande: mientras que algunos desarrollan argumentaciones similares a las de los habitantes de *Las Colinas*, otros colocan un mayor énfasis en la situación de crisis como motivadora del saqueo. En esta sección, se desarrollará cómo en la relación entre ambas cuestiones (si el saqueo ocurrió en el barrio y si la necesidad del momento lo explica o no) se puede comprender la elaboración de la distancia respecto al saqueador.

La dimensión socio-económica de la crisis expuso dos construcciones de sentido respecto a la crisis: quienes habían quedado desempleados o habían tenido que recurrir a empleos eventuales tendían a construir una proximidad respecto a otros afectados por el 2001, mientras que quienes sólo habían visto reducido su capacidad adquisitiva tendían a alejarse de sus vecinos. Estas representaciones eran compartidas por los habitantes de ambos territorios.

Entre quienes viven en los barrios del municipio de Quilmes, estas dos posiciones se articulan con tres modos de concebir la relación entre el saqueador y su inserción espacial. Primero, están quienes ubican el saqueo en el barrio y establecen cierta proximidad respecto al saqueador. Segundo, quienes desconocen la existencia de saqueos en la zona y se refieren a los saqueadores desde un fuerte predominio de la distancia. Tercero, quienes indican que muchos comercios de la zona fueron saqueados pero mantienen una representación similar a la que manifestaban los habitantes de *Las Colinas*.

Estas posiciones pueden ser reconocidas en los tres entrevistados cuyos fragmentos se citaron previamente.

Una de las entrevistadas se había referido a la crisis como una situación, si se quiere, de común soledad, si bien había acudido a distintas formas de ayuda en la zona. Al momento de referirse a quiénes participaron del saqueo sobresale el contraste respecto a los fragmentos de los vecinos de Esteban Echeverría:

“Los pibes de acá vinieron, pusieron… Se plantaron en el medio de la calle: “se va a ir a tomar… Se va a ir a saquear el supermercado, no hay para comer, y…”. Se juntaron los pibes y ya se empezaron a salir la gente, y ahí en manada (…) Son los hijos de los vecinos (…) porque no tenían trabajo, no le daban trabajo. Y la necesidad era mucha” (Beatriz, desempleada, 50 años)

La justificación de los saqueadores es explícita: la necesidad –falta de comida- dispara el saqueo. Los saqueadores –a diferencia de lo que ocurría en fragmentos anteriores- están relativamente individualizados: son los hijos de los vecinos. Ahora bien, eso no implica que la entrevistada se identifique con ellos; es decir, que incluya al saqueo entre los cursos de acción que podría haber tomado en ese contexto –que, al fin y al cabo, la afectaba en proporción similar a quienes saqueaban.

No obstante, interpretar el predominio de la distancia en tanto la entrevistada no se reconoce en los saqueadores es engañoso: el saqueo no deja de ser una acción ilegal y que se representa en esos términos. La comprobación de la persistencia del predominio de la distancia –más allá de los claros matices- puede ser encontrada, en cambio, en que así como los saqueadores son vistos como sujetos de necesidad, también aparecen como fuente de peligros:

“E: ¿Y cómo era andar por el barrio durante el saqueo? ¿Era seguro, tenías miedo?

R: No, no… Si vos salías no tenías que tener nada bueno, y aparte te pegaban por nada. Porque al no tener plata, la gente tenía mucha necesidad” (Beatriz, desempleada, 50 años)

Ciertamente, este fragmento involucra un retorno del distanciamiento, por más que se dé sobre una construcción de sentido que esboza cierta proximidad.

Esa disminución de la lejanía opera –por lo menos en parte- a partir del reconocimiento de sujetos que viven en el mismo barrio (“los hijos de los vecinos”). Empero, que hayan sido saqueados comercios en la zona no es garantía del recuerdo y muchos menos de construcciones de sentido sobre quienes saquearon. Como indica otro entrevistado:

“E: ¿Y por acá por la zona hubo algún saqueo?

R: No, no. No acá, no.

E: ¿En otros barrios de por acá?

R: No que yo me haya enterado, no. Acá no hay cadenas (…) Acá no pasó nada. No pasó nada, no… Acá es todo tranquilo. Hasta hoy (…)

E: ¿Había rumores de saqueos y eso?

R: No, no, no. Ya te digo, acá toda la gente, la mayoría de la gente somos todos laburantes. Acá son todos laburantes (…)

E: ¿Y entre los vecinos, se decía algo?

R: No, no, no. Yo te digo, que yo, por ejemplo, es como te vuelvo a recalcar. Yo vengo de mi laburo, venía, pum, abro el portón, entro acá adentro, cierro, me baño, vengo acá, me tomo unos mates” (Juan Carlos, pensionado, 59 años)

El saqueo ha sido expulsado de la historia reciente de la zona al punto que podría pensarse que se trata de un entrevistado que vive en otro territorio. Aun así, trae implícita una referencia a los saqueadores vía la contraposición con la tranquilidad que el entrevistado se asigna a él y, ahora, a sus vecinos. En esa auto-representación, una trayectoria laboral estable resulta fundamental: la continuidad de la vida cotidiana permanece ininterrumpida, siquiera por hechos extraordinarios como el saqueo. Así, se elabora una distancia más sutil con el saqueador, que no incluye los reproches que mencionaban los habitantes de *Las Colinas* al tiempo que no necesita nombrarlos. En buena medida, esta representación borra la experiencia del testigo del saqueo (si bien el mismo entrevistado sí reconoce en otro fragmento haberlo visto por televisión).

Hasta aquí, el grado de predominio de la distancia pareció depender de la ubicación o no del saqueo en el territorio. Una tercera posibilidad reúne una fuerte lejanía del saqueador con su presencia en la zona:

“Mirábamos acá, subimos ahí al techo, nos subimos ahí y mirábamos como pasaban corriendo (…) Mi hermana decía: “Si, porque, ¿viste que dijeron que uno de allá llevó gente para rob… para saquear”: Así viste, pero cuando no conoces, te decían, vino de allá, de allá, no los conocés pero siempre se escucha el rumor ese que vino uno de acá. Y el de acá que está en la [calle] 823 dice que fueron los pendejos, pero entraron directamente a lo que es vino, cerveza, después la gente misma, al entrar uno o dos, ya entraron después todos, la gente del barrio dicen que habían entrado. Pero acá el mercado no se llegó a robar ahí, saquear ahí, pero se veía en lugares [que] rompieron todo, robaron todo” (Agustina, ama de casa, 30 años)

Este fragmento se aproxima a los de los habitantes de *Las Colinas*. La contraposición entre quienes saquean y el enunciador es relativamente explícita, de la mano de la impugnación del saqueo dando cuenta de motivaciones espurias –en este caso, políticas- que se encontrarían detrás de la aparente espontaneidad del saqueo. Al mismo tiempo, el anclaje espacial del relato opera a través de la contraposición entre los testigos que viven en el barrio –entrevistada incluida- y quienes vienen –de “allá” para “acá”- a robar.

¿Cómo comprender las notables diferencias entre estos tres entrevistados? Apelar a la influencia de la dimensión socio-económica –en última instancia, si la crisis fue experimentada en la propia trayectoria laboral o sólo a través de lo que le ocurrió a los demás- sólo alcanza a dar cuenta parcialmente de la diversidad de perspectivas. En efecto, la entrevistada que matizó el predominio de la distancia padeció la crisis en lo personal; los otros dos, no. El problema con esta explicación es que deja pendiente por qué no encontramos una disminución de la distancia entre los habitantes de *Las Colinas*; es decir, por qué el punto de vista de la primera entrevistada de los barrios de Quilmes se encuentra ausente entre ellos. En última instancia, lo problemático es la construcción de cierta proximidad frente al saqueador; vale decir, *cómo se articulan las dos dimensiones de este trabajo (socio-económica y espacial) de forma tal que la distancia respecto al saqueador no prime con tanta intensidad*.

Para entender cómo esas dimensiones se articulan de modo diferente a los entrevistados de *Las Colinas*, es necesario recuperar la especificidad de los barrios de Quilmes, en especial, de *El Tala*, así como resaltar modos de relación con el espacio y sus habitantes que no se encontraban presentes en la muestra de Esteban Echeverría.

Ciertamente, un análisis exhaustivo de los habitantes de *El Tala*, deberían colocarse en juego las memorias referidas a la toma que dio origen al barrio. Al fin y al cabo, saqueo y toma comparten el carácter de una acción colectiva, disruptiva, que entra en tensión con la propiedad privada. Para los estrictos fines de este trabajo, cabe resaltar la contraposición con los modos de apropiación del espacio que se daban en el otro territorio. En efecto, entre los habitantes de *Las Colinas*, las referencias al barrio apuntan a un uso cotidiano, pero en una clave eminentemente individual o, si se quiere, privada. En cambio, entre los habitantes de *El Tala* y *Alicia Esther*, varios han participado de organizaciones o instituciones asentadas en el territorio. Esto no debe ser entendido necesariamente desde una mayor, si se quiere, politización del lugar sino desde las condiciones de vulnerabilidad social en las que se encuentran los entrevistados. Repasar la situación de las entrevistadas que ubicaban el saqueo en el barrio resulta ilustrativa.

La mujer desempleada que colocaba al saqueador en un sitio de mayor proximidad participó de un centro comunitario mientras que su esposo trabajó en un área de la municipalidad ligada al territorio. Anteriormente, ella formó parte de una cooperativa del Plan Argentina Trabaja, tuvo un Plan Jefes y Jefas de hogar y se acercó a un comedor para alimentar a sus hijos durante la crisis del 2001. Participó, además, brevemente de la toma que dio lugar a un barrio cercano al que vive. Ciertamente, todo puede ser enmarcado en una trayectoria laboral sumamente endeble.

En tanto, la joven que marcaba frontalmente la distancia con el saqueador tiene cierto conocimiento de diferentes redes de mediación (cooperativas, planes asistenciales) vía la participación de su marido y su padre en ellas, pero lo complementa con una representación que reúne crítica y ajenidad respecto a las políticas sociales en general.

Es posible reconocer –una descripción más extensa excede los límites de esta ponencia- modos de apropiación del espacio que no se encontraron entre la muestra Esteban Echeverria. Ahora bien, no se presenta una relación lineal entre estos usos del espacio y la construcción de sentido respecto al saqueador. Entre ambos media la dimensión socio-económica de la crisis, que hace de ésta un fenómeno compartido entre quienes fueron más afectados laboralmente.

La reducción de la distancia respecto al saqueador requiere, entonces, de tres condiciones particulares. Si el sujeto no fue testigo de los saqueos, siquiera los establece en el barrio. Si la crisis no impacto seriamente en su trayectoria laboral, se construye una distancia respecto a los demás. Finalmente, si los usos del espacio son principalmente individuales, privados, el recuerdo de los saqueos gana intensidad, persistencia, sin disminuir la lejanía respecto al saqueador.

*Conclusión*

Cuando se describen las memorias de los saqueos del 2001 de sectores populares del Gran Buenos Aires, lo difícil no es comprender el distanciamiento respecto al saqueador, sino precisamente lo contrario: bajo qué condiciones -prácticas y simbólicas- el sujeto elabora cierta proximidad que matiza esa lejanía.

La representación del saqueador articula a la memoria del 2001 en sectores populares. En este trabajo, dicha construcción de sentido fue descripta a partir de dos dimensiones: por un lado, el impacto socio-económico de la crisis, que se encarna en cada sujeto a través de su trayectoria laboral; por el otro, la inscripción espacial del saqueo en el barrio. La relación entre esas dos dimensiones aporta cierto prisma que permite reconocer cómo la heterogeneidad de los sectores populares a su interior influye en el recuerdo de los saqueos.

En líneas generales, aquellos que tuvieron problemas laborales más graves en el 2001 tienden a construir una mayor proximidad respecto a la situación de sus vecinos en ese momento. Por el contrario, quienes sólo tuvieron dificultades para conseguir dinero en efectivo o sólo vieron reducido levemente su ingreso, tienden a concebir a la crisis como un fenómeno generalizado a la vez que construyen cierta distinción respecto a los demás afectados.

Sin embargo, esta contraposición entre, si se quiere, trayectorias laborales “afectadas y no afectadas” por el 2001 no tiene correlatos lineales al momento de referirse al saqueador: ambos segmentos pueden expresar representaciones similares. La dimensión espacial del saqueo cobra importancia al momento de pensar cómo puede reducirse esa lejanía respecto al saqueador.

El hecho de que el saqueo ocurra en un espacio próximo, apropiado, bien puede ayudar a la persistencia del recuerdo como a la elaboración de la distancia. Así, entre los habitantes de *Las Colinas*, la memoria de los saqueos implica cierta experiencia de testigo, que observa lo que ocurre mientras se repliega hacia lo individual/familiar. Sólo sí se concibe que el saqueo ocurre en un sitio próximo y, además, esa experiencia de testigo viene acompañada por una apropiación del espacio que no sea eminentemente individual, la dimensión espacial se articula con el impacto socio-económico de la crisis, reduciendo ese distanciamiento respecto al saqueador.

Frente a condiciones tan específicas, no debe extrañar que predominen las distancias sobre las proximidades al momento de representar a quien saquea. Esta construcción de sentido no es ajena ni a las alteridades del pasado, ni a las del presente así como tampoco a los usos actuales del espacio.

**Bibliografía:**

-Auyero, J. (2007). *La zona gris*. Buenos Aires: Siglo XXI.

-Basualdo, E. (2011). *Sistema político y modelo de acumulación*. Buenos Aires: Atuel

-Halbwachs, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria.* Caracas: Anthopos.

-Izaguirre, I. y Aristizabal, Z. (1988) *Las tomas de tierras en la zona sur del Gran Buenos Aires*. CEAL: Buenos Aires.

-Lefebvre, H. (1978). Necesidades profundas, necesidades nuevas de la civilización, Barcelona: Península.

-Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*, Madrid: Siglo XXI.

-Jodelet, D. (1975): *La Representación Social*. En Moscovici, S.: *Psicología Social*, Buenos Aires: Paidós.

-Pereyra, S.: (2008). *¿La lucha es una sola?* Buenos Aires: Universidad nacional de General Sarmiento.